

MADRE FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN DE CASTILLO, SU VIDA

Edición, prólogo y bibliografía, Ángela Inés Robledo

Cronología, María Eugenia Hernández

Caracas: Ayacucho, 2007. LXV + 315 pp.

Bernard Lavallé

Université Paris III-Sorbonne Nouvelle

Desde hace algunas décadas, los textos de religiosas hispanoamericanas de la época colonial han llamado la atención de los especialistas, en la medida en que ese tipo de literatura —que hasta la fecha no había suscitado mucho interés— se reveló como una fuente nada despreciable para acercarse a aspectos esenciales de la vida espiritual y social de una época profundamente marcada, entre otras cosas, por las nuevas normas del Concilio de Trento —que encauzaron de manera decisiva y duradera el catolicismo hispano—, por las condiciones muy específicas del encierro conventual femenino, por el contexto ascético de las comunidades que al mismo tiempo no estaban desvinculadas de la sociedad que las circundaba y, en general, por la situación de la mujer en el mundo americano de su tiempo, tema este último que, como se sabe, ha suscitado numerosos e importantes estudios, muchos de ellos particularmente novedosos.

El texto aquí publicado (redactado entre 1713 y 1724) es obra de una religiosa del Convento de Santa Clara la Real de Tunja, en Nueva Granada, que en tiempos de la madre Castillo, su autora, contaba con un centenar de monjas de velo negro, más numerosas monjas de velo blanco de menor rango, y también sirvientas y esclavas.

Nacida en 1671 en una familia muy católica, la madre Castillo (que murió en 1742) relata cómo desde edad muy temprana se sintió “llamada” por Jesús y fue vestida por su madre con el hábito de santa Rosa de Lima. Los detalles que da sobre sus primeros años anteriores a su ingreso en el convento son reveladores del camino que emprendió desde entonces:

andaba cargada de cilicios y cadenas que le mortificaban la carne, dormía sobre tablas y tuvo que luchar contra la voluntad de sus padres, que se mostraron adversos a su vocación religiosa, hasta que le permitieran por fin vestirse de “beata de compañía” y tener en la casa un aposento particular en el que dedicaba cinco horas diarias a la oración.

En la formación intelectual, ascética y mística de la madre Castillo intervinieron de manera decisiva los jesuitas, pues sus confesores, desde el inicio, fueron miembros de la Compañía. La iniciaron en la lectura y práctica de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio, y es muy probable que, mucho más tarde, la redacción de su *Vida* tenga que ver con el manual espiritual práctico del fundador de la Compañía. Otra guía importante escogida en el camino hacia la perfección por la madre Castillo fue María Magdalena de Pazzis, mística carmelita florentina, cuyos pasos trató de seguir la neogranadina cuando fue maestra de novicias en su convento. Tampoco es de olvidar a santa Teresa de Ávila, de quien la madre de la monja solía leer diversas obras a su hija, lo que suscitó en ésta, según confiesa en su *Vida*, “tan grande deseo de ser como una de aquellas monjas”.

En su largo y rico análisis introductorio —nutrido por años de convivencia con la monja, pues sus primeros artículos sobre ella se remontan a finales de la década de los ochenta—, Ángela Inés Robledo sitúa, de manera a la vez muy interesante y reveladora, la literatura ascético-mística surgida entonces en los conventos femeninos dentro de una cultura antifeminista y de una teología que trataba constantemente de determinar las fuerzas buenas o malas que movían la voluntad humana. Para derrotarlas, las monjas escritoras —sin duda en esto muy reveladoras de sus demás congéneres— sacrificaban sus cuerpos y sus sexualidades y así llegaban a experiencias destructivas, frustrantes y tal vez masoquistas, señaladas por la enfermedad y el sufrimiento físico. No obstante, como subraya acertadamente A. Robledo, en algunos casos, esas monjas “de manera tímida, hicieron del autocastigo, pensado para complacer y alcanzar a Dios, y por lo tanto, fuente de cierta satisfacción, una posibilidad de buscar una voz y un espacio propios”.

Como escribe Ángela Inés Robledo en otro momento, “En la escritura de la madre Castillo es el cuerpo el que habla, pero éste es un cuerpo en devenir, inestable, nunca dado o definido y la palabra de la pasión es voz elemental, no logos, que fluctúa entre registros incompatibles de la experiencia ignorante (propia de las mujeres, según se pensaba en la época) y el comentario sabio”. Si la madre Castillo quiere “sentir y padecer algo de los dolores que sufrió [Cristo] en su santísima pasión”, esos suplicios le revelan su insignificancia, pero también son gratificantes.

Es interesante notar cómo entre dichos padecimientos a la madre Castillo no se le olvidan, en múltiples ocasiones, los problemas que tenía con las demás monjas de su comunidad; problemas muy terrenales que nos recuerdan en qué contexto concreto de rivalidades y pleitos humanos tenían que vivir las aspirantes a una vida superior, motivo por el cual eran a menudo objeto de odio, envidia, repulsión, tal vez de miedo y escándalo por su afirmación de tener visiones, sus problemas físicos y sus éxtasis.

Ángela Inés Robledo dedica también páginas muy esclarecedoras a la cuestión de la identidad (“la tímida identidad”) de una mujer como la madre Castillo, que consigue construir un espacio de alteridad (definido como un *lugar de no poder*) bastante paradójico en la medida en que proviene de un modelo que normalmente la anula: el ser mujer en la sociedad colonial, la definición de la monja casta, el de la penitente que flagela y niega su carne, de la escritora que escribe por obligación.

De ahí que ese espacio pase forzosamente por la elaboración de una simbólica de lo reprimido, de la metáfora; que esté lleno de silencios, de insinuaciones y de *espacios en blanco*, según la acertada expresión de A. Robledo que, en la estela de Paul Julian Smith, trata de ver y entender si, en el ambiente místico, la mujer es dominante o dependiente, sujeto u objeto, si sencillamente puede adquirir autonomía en el espacio donde se mueve y cuando trata de hacer entendible el camino que intenta seguir.

Otro aspecto muy interesante y original de esa *Vida* es todo lo relacionado con la confesión, fenómeno complejo (como demostró Foucault) y fuertemente estructurado por la Iglesia. Sin embargo, la madre Castillo

llega a expresar lo más profundo de sí misma ya que, más allá de eventuales culpas, la confesión es también un autorretrato —sobre todo cuando es tan larga como ésta y se confunde con la escritura—.

Este libro es, como demuestra Ángela Inés Robledo en su introducción, una verdadera mina para aquellos que se interesen por la religión y el sentir barrocos, por la situación de la mujer hispanoamericana de la época frente al contexto religioso y sus presiones y por la transposición de todas esas realidades en un relato escrito, por lo tanto, destinado a potenciales lectores, con todo lo que puede significar en cuanto a estrategia de presentación, tretas conscientes o no, máscaras frente a los demás o a sí misma. En cuanto a la evocación de las visiones y éxtasis de la madre, no cabe duda de que hay ahí otro filón que los estudios del subconsciente y el psicoanálisis ayudarán a desentrañar y a explicar.

La *Vida* de la madre Castillo tiene, sin embargo, otro gran interés para la historia social neogranadina (y más allá, hispanoamericana) de la época. A través de lo que nos dice la autora surge, de manera indirecta pero bien real, sin que ella se dé cuenta, la vida cotidiana en el siglo (educación de las niñas, relaciones con los padres), pero sobre todo de una comunidad conventual en una ciudad relativamente secundaria del imperio: presencia permanente y multiforme de la enfermedad, del dolor y, en última, instancia de la muerte; así como peleas entre monjas, nimias en el fondo pero amplificadas por los ecos y el hacinamiento de la clausura, que llegaban así a odiarse a muerte por cuestiones de elecciones de abadesa (caps. XLI y XLVII), de profesión de novicias (cap. XLVI), de mantenimiento de la autoridad y de la clausura (caps. XLVII y XLIX), de relaciones personales conflictivas con otras monjas (LII), que podían durar treinta años (cap. XLIX), caracteres de la emotividad personal y colectiva, de las sensibilidades y de las relaciones con los confesores, etc.

Esta edición, a la vez moderna y científica de la *Vida* de la madre Castillo, es un acierto total que, como pensamos haber demostrado, ha de ser muy útil para los especialistas de no pocos sectores de la vida religiosa, social e intelectual del coloniaje hispanoamericano.